

»como el soplo del céfiro, que dicen
 »ser de los vientos el que más camina.
 »Así tú destinado por la Parca
 »estás á que te maten un guerrero

»y una Deidad.» Apénas el caballo
 habia proferido estas palabras,
 las Furias infernales contuvieron

LIBRO VIGÉSIMO

ARGUMENTO

*Con permiso de Jove soberano
 Al ejército acheo y al troyano
 Dan auxilio los dioses mutuamente;
 A Aquiles hace Eneas despues frente,
 Mas le salva Neptuno, y la victoria
 Consiguen los acheos con gran gloria.*



N tanto que en sus naves los Aquivos, así exploró la voluntad de Jove: vestida la armadura, se formaban al lado tuyo, Aquiles, é impaciente estabas por entrar en la pelea, del campo en las alturas los Troyanos tambien se armaban, y el Saturnio Jove mandaba á Témis que á los Dioses todos, de las cumbres bajando del Olimpo, á junta convocase. Y presurosa corriendo por las tierras y los mares, les intimó que á la mansion de Jove pronto subiesen. De los claros rios solo faltó Oceano, y de las Ninfas, cuantas habitan los amenos bosques, las fuentes de los rios, y los prados de verdura cubiertos, ni una sola dejó de concurrir. Y ya venidas al palacio de Jove, los asientos de bien labrada reluciente piedra que á Júpiter Vulcano fabricara por orden las Deidades ocuparon. Y tampoco Neptuno inobediente á los mandatos se mostró de Témis, que desde el hondo mar subió al Olimpo; y en medio de los Dioses asentado,

»¿Por qué de nuevo á junta las Deidades
 »has convocado, oh tú que esplendorosos
 »rayos envías á la tierra? ¿Acaso
 »para deliberar sobre la suerte
 »de Troyanos y Griegos, porque cerca
 »está ya de encenderse la batalla?»
 Jove le respondió: «Tú adivinaste,
 »oh Neptuno, el consejo que en la mente
 »ahora yo agitaba, y el motivo
 »de haberos convocado. De unos y otros
 »cuido yo todavía, aunque no léjos
 »están de perecer en los combates.
 »Mas este dia en la elevada cumbre
 »yo quedaré sentado del Olimpo,
 »y al mirar desde allí la gran pelea,
 »la vista así recrearé. Vosotros
 »á la tierra bajad; y cuando hubiereis
 »llegado á la llanura en que los Griegos
 »pelean y Troyanos, á los unos
 »socorred, ó á los otros, segun sean
 »de vosotros amados. Porque ahora,
 »si el fuerte Aquiles combatiera, él sólo,
 »con todas las escuadras enemigas,
 »ni un instante podrian los Troyanos

»del hijo valeroso de Peleo
 »el choque sostener. Siempre en las lides
 »temblaban á su vista; y como ahora
 »tan colérico está, muerto Patroclo,
 »mucho yo temo que de Troya el muro
 »no destruya tal vez, aunque los Hados
 »no así lo dispusieron.» Esto dijo
 el Saturnio, y la guerra y los combates
 excitó con su voz; y á la batalla
 marcharon las Deidades, divididas
 en dos bandos opuestos. A las naos
 iban Juno y Minerva, y las seguía
 Neptuno acompañado de Mercurio;
 Mercurio, el sabio Dios que á los mortales
 útiles artes enseñó el primero.
 Iba también Vulcano, y aunque cojo
 era, y en lento paso caminaban
 sus mal formados pies; hórrido fuego
 arrojaban sus ojos. A la hueste
 de los Troyanos el furioso Marte
 marchó seguido del intonso Apolo,
 de Diana, en saetas poderosa,
 de Latona, del Janto, y de Ciprina.

En tanto que los Dioses alejados
 estaban de los hombres, los Aquivos
 se ufanaban gozosos porque Aquiles
 en la lid se mostraba cuando habia
 tan largo tiempo de la triste guerra
 vivido ausente. A los Troyanos todos
 las rodillas temblaban, y en el pecho
 sobresaltado el corazón latía,
 cuando ya vieron al valiente Aquiles,
 al homicida Marte parecido,
 venir cubierto de lucientes armas.
 Mas apenas en medio de los hombres
 bajaron las olímpicas Deidades,
 la terrible Discordia, que los pueblos
 con su clamor concita, furibunda
 recorrió las dos haces; y Minerva,
 puesta de pié sobre el profundo foso
 fuera de la muralla, en altas voces
 gritaba; y otras veces en los altos
 promontorios del mar, que resonantes
 el eco repetían, en terribles
 gritos á los Aqueos animaba.
 Y á negro torbellino semejante,
 desde Troya Mavorte, en lo más alto
 del alcázar subido, á la pelea
 en espantosas voces á los Teucros
 ardiente convocaba; y por la márgen

otras veces corria del undoso
 Simois, sobre la cima prominente
 del enhiesto collado que llamaban
 los Teucros todos la *Colina hermosa*.

Así los Dioses que á la lid bajaron
 con su voz animaban al combate
 á Griegos y Troyanos, y rompieron
 en medio de ellos la fatal contienda.
 El padre de los hombres y los Dioses
 de lo alto del Olimpo tronó horrendo:
 de la anchurosa tierra los profundos
 cimientos y las cumbres de los montes
 agitaba Neptuno; y retemblaron
 del Ida todos los humildes valles,
 las fuentes de los ríos, las alturas,
 de Troya la ciudad, y los navíos
 de los Aqueos. En su negro alcázar
 se estremeció Pluton y de su trono
 saltó azorado, y en horrendas voces
 espantado gritó; porque temia
 que Neptuno rasgase las entrañas
 de la tierra, y que claras se mostrasen
 á los hombres y Dioses las horribles
 moradas infernales y sombrías
 que hasta los mismos Dioses aborrecen.
 Tal el estruendo y ruido estrepitoso
 era que resonó, cuando en batalla
 entraron las Deidades. A Neptuno
 hacía frente Apolo con el arco
 y voladoras flechas; contra Marte
 Pálas marchó, la de brillantes ojos,
 y contra Juno la potente Diosa
 que entre los gritos de la caza hiere
 con flecha de oro á las errantes fieras
 de los bosques, Diana, que de Apolo
 es hermana carnal. Contra Latona
 marchó Mercurio; y el profundo río
 á quien Janto los Dioses apellidan,
 y Escamandro los hombres, á Vulcano
 opuso la corriente caudalosa.

Así al combate los eternos Dioses
 marcharon; pero Aquiles, furibundo
 rompiendo las falanges, deseaba
 encontrarse con Héctor é impaciente
 estaba por matarle, y á Mavorte
 con su sangre saciar. Mas entretanto
 Apolo, que á los Teucros aguijaba
 á combatir, al valeroso Enéas
 á lidiar con el hijo de Peleo
 con su voz animó, y heroico brío



LA ILÍADA

y ardimiento infundióle y valentía,
 á Licäon en todo semejante
 de Prïamo nacido, é imitando
 su voz, así decia: «¿Dónde ahora
 »están las amenazas, oh valiente
 »adalid, que solias otro tiempo
 »hacer en los banquetes y festines
 »en medio de los Próceres troyanos,
 »diciendo que en la lid no temerías
 »medir las armas con el fuerte Aquíles?»

Y Enéas respondió: «¿Por qué, no siendo
 »esta mi voluntad, quieres ahora,
 »oh Licäon, que me adelante, y salga
 »á lidiar con el hijo de Peleo?
 »Pues no sería la ocasion primera
 »en que yo con Aquíles pelease,
 »porque ya en otro tiempo combatimos;
 »pero en fuga me puso con su lanza
 »cuando yo mis ganados defendia
 »y él los acometió, y las dos ciudades
 »destruyó de Lirneso y de Pedaso.
 »Y Jove me salvó, y aliento y brío
 »me dió para correr; que si más tiempo
 »seguido hubiera el desigual combate,
 »allí vencido y muerto yo quedara
 »á las manos de Aquíles y Minerva,
 »que iba delante de él y la victoria
 »le daba, y de contino con sus voces
 »á destruir con aguzada pica
 »los Lélegas y Teucros le animaba.
 »Así, á ninguno es dado con Aquíles
 »lidiar de solo á solo, porque siempre
 »uno tiene á lo ménos de los Dioses
 »á su lado, que ileso de la liza
 »le saque. Y áun sin ellos de su mano
 »vuela derecha la terrible lanza,
 »y de volar no cesa hasta que logra
 »el cuerpo atravesar de un enemigo.
 »Mas si Dios las balanzas igualase
 »de la guerra, no fácil le sería
 »vencerme, aunque de ser de hierro todo
 »él se gloríe.» Al adalid Enéas
 instó de nuevo el Flechador Apolo.

«¡Héroe! (le dijo) á los eternos Dioses
 »tus plegarias dirige, pues nacido
 »eres de Vénus tú, y Aquíles debe
 »á una Diosa inferior el nacimiento;
 »porque Vénus de Júpiter es hija,
 »y padre fué de la marina Tétis
 »el anciano del mar. Derecho arroja

»el acero indomable, y no con voces
 »espantosas, y fieros, y amenazas,
 »logre ponerte en fuga.» Así decia
 Apolo, y en su pecho heróico brío
 infundió al adalid. Y atravesando
 éste por los primeros campeones
 animoso marchó, todo cubierto
 de relucientes armas; pero á Juno
 no se ocultó que penetrando Enéas
 por entre sus falanges hácia Aquíles
 derecho caminaba. Y convocando
 en derredor á las Deidades todas
 de su bando, asustada las decia:

«Deliberad vosotros, y decidme,
 »oh Minerva y Neptuno, lo que ahora
 »deberemos hacer. Ya veis que marcha
 »Enéas contra Aquíles, y es Apolo
 »quien tan loca osadía le ha inspirado.
 »O al adalid de Troya á retirarse
 »obliguemos, ó alguno de nosotros
 »á Aquíles acompañe y valentía
 »en el pecho le infunda, porque nada
 »pueda turbarle, y por sus ojos vea
 »que los más poderosos de los Dioses
 »le protegen, y poco son temibles
 »los que hasta aquí en las lides defendieron
 »á los Troyanos. Del Olimpo todos
 »á tomar parte en la terrible lucha
 »hemos bajado, porque en este día
 »no le maten los Teucros; que mañana
 »la suerte sufrirá que con el huso
 »la Parca hilando su vital estambre
 »el día que nació le preparaba.
 »Y si Aquíles de boca de los Dioses
 »esto no escucha, temblará cobarde
 »cuando alguna Deidad en la pelea
 »al encuentro le salga; que terribles
 »los Dioses son, si en majestad y gloria
 »se muestran á los míseros mortales.»

Neptuno respondió: «¡No así te irrites
 »antes de tiempo, Juno! Decoroso
 »no te sería. Ni tampoco ahora
 »que entrásemos nosotros en batalla
 »quisiera yo; porque en pujanza y brío
 »mucho á los otros Dioses excedemos
 »que defienden á Troya. Aquella altura
 »ocupemos nosotros; y sentados
 »ociosos allí estemos, y los hombres
 »dejemos entretanto que en la liza
 »animosos combatan. Y si Marte